

— ¡ Pues bien ! sea, dijo. Por otra parte...

Y se quedó abismado un instante en su pensamiento.

— ¡ Por otra parte, continuó, me es absolutamente necesario que sea ésta ? ¡ Es acaso la única en el mundo ? No, no ; mientras que ésta me haga dichoso, la otra seguirá haciéndome rico y poderoso. Andrea es tan predestinada, tiene tanta lucidez y tanta segunda vista como tú. Andrea es joven, pura, virgen, y no la amo ; y sin embargo, durante su sueño está tan sometida á mi voluntad como tú ; tengo en Andrea una víctima dispuesta á reemplazarte, el *alma vil* del médico y que puede servir para las experiencias ; ella vuela tan lejos, y ¡ quién sabe si no volará quizá más que tú, por las regiones incógnitas ! ¡ Andrea ! ¡ Andrea ! te tomo por mi soberanía. Lorenza, ven á mis brazos, pues desde ahora quiero que seas mi amante y mi querida. Con Andrea soy poderoso ; con Lorenza seré feliz. Mi vida sólo es completa desde este momento, y, á excepción de la inmortalidad, he realizado el sueño de Althotas : ¡ menos en lo inmortal, soy igual á los dioses !

Y levantando á Lorenza, abrió sus brazos enajenado de amor, y Lorenza fué á enlazarse contra su palpitante pecho tan estrechamente como la hiedra se enlaza á la encina.

XXIV

El amor

Había principiado una nueva vida para Bálamo, vida hasta entonces desconocida para él, pues había tenido una existencia activa, turbada y múltiple. Tres días hacía que habían desaparecido sus furores, sus celos y sus celos, y tres días hacía también que no oía hablar de política, de conspiraciones y de conspiradores. Al lado de Lorenza, de quien no se separaba un solo instante, había olvidado el mundo entero, y aquel amor extraño, inaudito, que en cierto modo cernía sus alas sobre la humanidad, aquel amor lleno de embriaguez y misterios, aquel amor fantasmagórico (porque Bálamo sabía muy bien que con una sola palabra podía convertir á su tierna amante en un enemigo implacable), aquel amor arrancado al odio, gracias á un capricho inexplicable de la naturaleza ó de la ciencia, colmaba á Bálamo de una felicidad que participaba del estupor á la par que del delirio.

Más de una vez, durante aquellos tres días, sacudiendo los soporíferos letargos del amor, había mirado Bálamo á su compañera, risueña siempre, siempre extática, porque desde entonces, en la existencia que él acababa de crearle, la hacía descansar de su vida facticia con su éxtasis, sueño igualmente falaz ; y al verla tranquila, amable y dichosa ; al oirla prodigarle los nombres más cariñosos, y manifestar en alta voz

su misterioso deleite, más de una vez se preguntó si Dios no se habría tal vez irritado contra el moderno Titán, que había tratado de arrebatarse sus secretos; si habría inspirado á Lorenza la idea de engañarle con un embuste, á fin de adormecer su vigilancia, y poder de ese modo huir y no volver á presentarse á sus ojos sino semejante á la vengadora Euménide.

En esos momentos, Bálamo dudaba de esa ciencia recibida de los antiguos por tradición, pero de la que no tenía más pruebas que algunos ejemplos. Sin embargo, aquella llama inextinguible y aquella sed de caricias le tranquilizaban al punto.

— Si Lorenza hubiese fingido, se decía, si tuviese intención de huir de mí, buscaría las ocasiones de alejarme, alegaría motivos para quedarse sola; pero lejos de eso, sus brazos me tienen siempre enlazado como una cadena, y su mirada ardiente me dice sin cesar: No te vayas, y su dulce voz me manda que me quede.

Entonces Bálamo recobraba su confianza en sí mismo y en la ciencia.

En efecto, ¿por qué aquel mágico secreto á que debía todo su poder, había de convertirse de súbito y sin transición en una quimera, que se desvanece como un recuerdo fugaz, como el humo de un fuego apagado? Lorenza no había tenido nunca momentos de más lucidez respecto de él; pues reproducía instantáneamente todos los pensamientos que se formulaban en su mente, todas las impresiones que agitaban su corazón.

Faltaba saber si aquella lucidez no era simpatía; si fuera de él y de la joven, si más allá del círculo trazado por el amor, y que éste inundaba de luz, podían aún penetrar en la oscuridad aquellos ojos del alma tan penetrantes antes de la llegada de aquella nueva era.

Bálamo no se atrevía á hacer una prueba decisiva, seguía esperando, y la esperanza formaba una corona de estrellas á su felicidad.

Á veces le decía Lorenza con dulce melancolía:

— Acharat, estás pensando en otra mujer, en una mujer del Norte, de rubios cabellos y ojos azules. ¡Acharat, Acharat! ¡Ah! esa mujer está siempre al lado mío en tu pensamiento.

Entonces Bálamo miraba con ternura á Lorenza, y le decía:

— ¿Ves eso en mí?

— ¡Oh! sí, lo veo tan claramente como en un espejo.

— ¿Entonces sabes si es el amor el que me hace pensar en esa mujer? le replicaba Bálamo. Lee, lee en mi corazón, querida Lorenza.

— No, decía ésta moviendo la cabeza; ya sé que no; pero divides tu pensamiento entre las dos, como cuando te atormentaba Lorenza Feliciani, esa pícara Lorenza que está durmiendo, y á quien no quieres despertar.

— ¡No, amor mío, no! exclamaba Bálamo; sólo pienso en ti, á lo menos con el corazón; ya sabes que todo lo he olvidado por ti; ya sabes que desde que somos felices todo lo he descuidado: mis estudios, mis trabajos y hasta la política.

— Pues has hecho mal, dijo Lorenza; porque yo puedo ayudarte en esos trabajos.

— ¿Qué es lo que dices?

— ¿No permanecías en otro tiempo horas enteras encerrado en tu laboratorio?

— Sí, pero he renunciado á esos ensayos inútiles, porque durante ese tiempo no te vería, y eso sería arrebatarte otras tantas horas al curso de mi dulce existencia.

— ¿Y por qué no te he de acompañar yo en tus

trabajos como te acompaño en tu amor? ¿Por qué no he de hacerte poderoso como te hago feliz?

— Porque mi Lorenza es hermosa, pero no ha estudiado; porque Dios da belleza y amor, pero la ciencia se adquiere únicamente con el estudio.

— El alma lo sabe todo.

— Pero ¿ves tú con los ojos del alma real y verdaderamente?

— Sí.

— Y dime, ¿podrás ayudarme á buscar la piedra filosofal?

— Ya lo creo.

— Pues ven conmigo.

Y ciñendo Bálamo con su brazo la cintura de la joven, la llevó á su laboratorio.

El gigantesco hornillo estaba apagado, porque hacía ya cuatro días que nadie había cuidado de tenerlo encendido.

Los crisoles se habían enfriado sobre los mismos braserillos.

Lorenza miraba todos aquellos extraños instrumentos, últimas combinaciones de la expirante alquimia, sin el menor asombro, y al parecer conocía el uso de todos ellos.

— ¿Te has propuesto hacer oro? preguntó sonriéndose.

— Sí.

— ¿Contienen estos crisoles preparaciones graduadas de diferente modo?

— Sí, pero todo está paralizado, todo se ha perdido: sin embargo, no lo siento.

— Haces bien, porque el oro que quieres hacer siempre será para ti mercurio con otro color; quizá conseguirás que sea sólido, pero nunca lograrás transformarlo.

— ¿Conque no puede hacerse oro?

— No.

— Sin embargo, Daniel de Transilvania vendió á Cosme I por veinte mil ducados una receta de convertir un metal en otro.

— Eso quiere decir que David de Transilvania engañó á Cosme I.

— Además, Payken el sajón, á quien sentenció á muerte Carlos II, rescató su vida por haber convertido una barra de plomo en otra de oro, de la cual se sacaron cuarenta ducados, y una medalla de oro que se acuñó en loor del habil alquimista.

— El habil alquimista era un buen escamoteador, y en lugar de la barra de plomo presentó otra de oro. Acharat, el único medio de que hagas oro es convertir en barras, como lo estás haciendo, las riquezas que te traen tus esclavos de las cuatro partes del mundo.

Bálamo se quedó pensativo.

— ¿Conque es imposible, dijo, convertir unos metales en otros?

— Sí, imposible.

— ¿Y el diamante? se aventuró á decir Bálamo.

— ¡Oh! el diamante es otra cosa, contestó Lorenza.

— ¿Se puede hacer el diamante?

— Sí, porque para ello no hay que convertir un cuerpo en otro, sino procurar simplemente modificar un elemento conocido.

— ¿Pero conoces tú los elementos de que está formado el diamante?

— Á no dudarlo; el diamante es carbono puro cristalizado.

Bálamo se quedó aturdido; una luz deslumbradora é inesperada saltó á sus ojos, y se los tapó con las manos, como si aquella llama le hubiese dejado ciego.

— ¡Oh! dijo, esto es demasiado, Dios mío, y algún

peligro me amenaza. ¿Cuál será el anillo precioso que puedo arrojar al mar para desarmar tu enojo, Dios del cielo? ¿Basta por hoy, Lorenza, basta!

— ¿No soy tuya? manda pues, ordena lo que gustes.

— Sí, eres mía, ven conmigo, ven.

Y Bálamo sacó á Lorenza del laboratorio, atravesó el cuarto de las pieles, y sin hacer caso de un ruido sordo que oyó sobre su cabeza, entró con Lorenza en la habitación enrejada.

— ¿Conque estás contento con tu adorada Lorenza? preguntó ésta.

— ¡Oh! exclamó Bálamo.

— ¿Qué es pues lo que temes? Habla, dímelo.

Bálamo juntó las manos y miró á Lorenza con una expresión de terror inexplicable para todo el que no hubiese sabido lo que pasaba en su alma.

— ¡Oh! murmuró, ¡y que haya faltado poco para que matase á este ángel; que haya estado á punto de morir de desesperación, antes de resolver el problema de ser feliz y poderoso á la vez; que haya olvidado que los límites de lo posible traspasan siempre el horizonte trazado por el estado actual de la ciencia, y que la mayor parte de las verdades que se han convertido en hechos, han principiado siempre por ser consideradas como visiones; que haya creído yo que lo sabía todo cuando no sabía nada!

La joven se sonreía de un modo angelical.

— ¡Lorenza, Lorenza! continuó Bálamo, ¿conque se ha realizado ese misterioso designio del Criador, que ha formado á la mujer de la costilla del hombre, mandándoles que los dos no tuviesen más que un corazón? Eva ha resucitado para mí; Eva, que no tendrá más pensamiento que el mío, y cuya vida esta pendiente del hilo que yo tengo entre mis manos... ¡Esto

es demasiado, Dios mío, para una sola criatura, y sucumbo bajo el peso de tus beneficios!

Y diciendo esto cayó de rodillas, estrechando con arrobamiento aquella dulce beldad que se sonreía cual no se sonríe en la tierra.

— Y bien, dijo; no, no te separarás de mí; bajo tu mirada, que penetra las tinieblas, viviré en toda seguridad; tú me ayudarás en mis laboriosas investigaciones que sólo tú podrás completar, como has dicho, y que con una sola palabra de tu boca harás fáciles y fecundas; tú serás la que me dirá, ya que no puedo hacer el oro por ser una materia homogénea, un elemento primitivo, en qué partícula de su creación lo ha ocultado Dios; tú serás la que me diga en dónde yacen los tesoros seculares sepultados en las vastas profundidades del Océano. Veré con tus ojos redondearse la perla en su nacarada concha, y agrandarse el pensamiento del hombre bajo las fangosas capas de su carne. Oiré con tus oídos el sordo rumor del gusano que horada la tierra, y los pasos de mi enemigo al acercarse á mí. Seré grande como Dios y más dichoso que él, Lorenza mía, porque Dios no tiene en el cielo su igual y su compañera, sino que está sólo en su majestad divina y ningún otro ser divino como él participa de esa omnipotencia que le constituye Dios.

Y Lorenza seguía sonriendo, y sin dejar de sonreír respondía á aquellas palabras con caricias.

— Y sin embargo, murmuró como si viera en el cráneo de su amante todos los pensamientos que agitaban las fibras de aquel inquieto cerebro, todavía dudas, Acharat; dudas, como has dicho, que pueda yo salvar el círculo de nuestro amor; que pueda yo ver á mayor distancia; pero te consuelas diciendo que si yo no veo, ella verá.

— ¿Quién es ella?

— La mujer rubia; ¿quieres que te diga su nombre?

— Sí.

— Aguarda... Andrea.

— ¡Oh! eso es, así se llama. Sí, tú lees en mi pensamiento; sí, me turba aun un temor... ¿Sigues viendo aun á través del espacio, aunque esté cortado por obstáculos materiales?

— Haz la prueba.

— Dáme la mano, Lorenza.

La joven cogió apasionadamente la mano de Bál-samo.

— ¿Puedes seguirme?

— A todas partes.

— Ven conmigo.

Y saliendo Bál-samo, con el pensamiento, de la calle de San Claudio, arrastró consigo el pensamiento de Lorenza.

— ¿Dónde estamos? preguntó á Lorenza.

— Sobre una montaña, respondió la joven.

— Eso es, dijo Bál-samo estremeciéndose de alegría, pero ¿qué estás viendo?

— ¿Delante de mí, á la izquierda ó la derecha?

— Delante de ti.

— Veo un extenso valle con un bosque á un lado, una ciudad al otro, y un río que los separa va á perderse en el horizonte costean-do el muro de un gran palacio.

— Eso es, Lorenza. Ese bosque es el del Vesinet; esa ciudad es la de San Germán, y ese palacio el de Maisons. Entremos, entremos en el pabellón que está á nuestras espaldas.

— Entremos

— ¿Qué ves?

— ¡Ah! primeramente veo en la antesala un ne-

grito vestido de un modo muy raro y que está comiendo confites.

— Es Zamora; entremos, entremos.

— Veo un salón vacío espléndidamente amueblado; la parte superior de las puertas representa Diosas y Amores.

— ¿Está vacío el salón?

— Sí.

— Entremos más adentro.

— ¡Ah! ahora estamos en un lindo retrete, tapi-zado de raso azul bordado de flores de color natural.

— ¿Está también vacío?

— No; hay una mujer sentada en un sofá.

— ¿Quién es esa mujer?

— Aguarda.

— ¿No te parece que la has visto antes de ahora?

— Sí, aquí; es la condesa Dubarry.

— Eso es, Lorenza, eso es; me vas á volver loco;

¿qué hace esa mujer?

— Está pensando en ti, Bál-samo.

— ¿En mí?

— Sí.

— ¿Puedes leer en su pensamiento?

— Sí, pues te repito que está pensando en ti.

— ¿Y acerca de qué?

— De una promesa que le has hecho.

— Efectivamente; ¿y cuál es?

— Has ofrecido darle el agua que Venus dió á Faón por vengarse de Safo, y que conserva la hermosura.

— Eso es, eso es. ¿Y qué hace al mismo tiempo que piensa?

— Toma una decisión.

— ¿Cuál es?

— Espera; extiende la mano hacia la campanilla, llama y entra otra mujer.

— ¿Es morena ó rubia ?

— Morena.

— ¿Alta ó baja ?

— Baja.

— Entonces es su hermana ; oye lo que dice la condesa.

— Quiere que pongan el coche.

— ¿Para ir á dónde ?

— Para venir aquí.

— ¿Estás segura de eso ?

— Ha dado la orden, y la obedecen ; estoy viendo los caballos y la carroza ; dentro de dos horas estará aquí.

Bálsamo se hincó de rodillas, exclamando :

— ¡ Oh ! si dentro de dos horas viene, ¡ nada más tendré que pedir, Dios mío, nada más sino que os compadezcáis de mi dicha !

— ¡ Pobre amigo mío ! ¡ Conque temías

— Sí, sí.

— ¿ Y qué podías temer, si el amor que completa la existencia física ensancha también la existencia moral ; si el amor, lo mismo que toda pasión generosa, nos aproxima á Dios, y de éste emana la luz ?

— Lorenza, Lorenza, me vas á volver loco de alegría.

Y Bálsamo apoyó la cabeza en el regazo de la joven.

Por lo demás esperaba otra prueba para ser completamente feliz.

Esta prueba era la llegada de la Dubarry.

Las dos horas que tuvo que esperar fueron cortas, pues para Bálsamo había desaparecido enteramente la medida del tiempo.

De pronto se conmovió la joven, que tenía asida la mano de Bálsamo.

— Todavía dudas, le dijo, y quisieras saber dónde se halla en este mismo momento.

— Sí, dijo Bálsamo ; es verdad.

— Pues bien, viene por el baluarte á todo correr, se acerca, entra en la calle de San Claudio, se para á la puerta y llama.

La habitación en que se hallaban Bálsamo y Lorenza estaba tan retirada, que no llegó á sus oídos el alda-bazo que dieron á la puerta.

Sin embargo, Bálsamo se quedó escuchando con una rodilla en tierra.

Dos golpes que dió Fritz le hicieron estremecerse, pues recordarán nuestros lectores que aquella señal anunciaba una visita de importancia.

— ¡ Oh ! dijo, ¿ conque es cierto ?

— Vé á asegurarte de ello, Bálsamo, pero vuelve pronto.

Bálsamo se dirigió hacia la chimenea, y Lorenza le dijo :

— Deja que te acompañe hasta la puerta de la escalera.

— Ven conmigo.

Y ambos pasaron al cuarto de las pieles.

— ¿ No saldrás de este aposento ? preguntó Bálsamo.

— No, puesto que te espero. ¡ Oh ! no tengas cuidado, bien sabes que esta Lorenza que te ama no es la Lorenza que tú temes. Además....

Y se detuvo sonriendo.....

— ¿ Además qué ? preguntó Bálsamo.

— ¿ No ves tú en mi alma como yo veo en la tuya ?

— ¡ Ay ! no.

— Además, puedes mandarme dormir hasta que vuelvas ; mándame que permanezca inmóvil en este sofá, y dormiré y no me moveré.

— Pues bien, sea así. Mi querida Lorenza, duerme y aguárdame.

Lorenza, luchando ya contra el sueño, estampó sus labios en los de Bálamo, y fué bamboleando á caer sobre el sofá murmurando :

— Hasta muy luego, Bálamo mío, hasta muy luego, ¿ no es verdad ?

Bálamo la saludó con la mano, pues estaba ya dormida.

Pero estaba tan bella, tan pura con sus largos cabellos sueltos, su boca entreabierta, el sonrosado febril de sus mejillas y sus ojos lánguidos;... estaba tan lejos de parecerse á una mujer, que Bálamo volvió á su lado, le tomó la mano, besó sus brazos y su cuello, pero no osó besar sus labios.

Resonaron otros dos campanillazos, prueba de que la dama se impacientaba ó de que Fritz temía que no hubiese oído su amo.

Bálamo se lanzó á la puerta; al cerrarla tras de sí, creyendo oír un segundo crujido igual al que había oído ya, volvió á abrirla, miró en torno de sí, y no vió nada más que á Lorenza tendida en el sofá y jadeando bajo el peso de su amor.

Bálamo cerró la puerta y corrió al salón sin inquietud, sin recelo ni presentimiento, llevando en su corazón todo un paraíso.

Pero se equivocaba, pues no era solo el amor lo que oprimía el pecho de Lorenza y sofocaba su respiración; era una especie de sueño parecido al letargo en que estaba sumida, letargo tan cercano á la muerte.

Lorenza soñaba, y en el repugnante espejo de los siniestros sueños, parecía ver que se abría circularmente el cielo raso de encina, y que se destacaba de él una cosa semejante á un casetón con un movimiento igual, lento, mesurado, acompañado de un silbido

lúgubre; parecía que le iba faltando el aire, cual si estuviera á punto de ahogarse bajo la presión de aquel círculo móvil; parecía ver, en fin, sobre aquella especie de trampa móvil agitarse alguna cosa informe como el Kalibán de la tempestad, un monstruo con rostro humano, un anciano que sólo tenía animados los ojos y los brazos, y que la miraba con sus ojos espantosos y alargaba hacia ella sus descarnados brazos.

Y Lorenza, la pobre criatura, se retorció en vano sin poder huir, sin adivinar nada del peligro que la amenazaba, sin sentir nada, sino la presión de dos grapones vivos cuya extremidad agarraba su blanco vestido, la arrebatában del sofá y la trasportaban sobre la trampa que volvía á subir lentamente hacia el techo, con ese lúgubre rechino del hierro que se roza contra hierro, y una risa estridente y satánica que salía de la boca asquerosa de aquel monstruo con cara de hombre que la arrebataba hacia el cielo sin sacudimiento ni dolor